

Recomponer el mundo

Para la comunidad internacional—y para el sistema de las Naciones Unidas—el año 2002 representó un momento de enormes desafíos. El año comenzó bajo buenos augurios—establecimiento de un nuevo gobierno en el Afganistán, asolado por la guerra, que había conseguido apoyo de las Naciones Unidas y sus socios con una celeridad y en una escala sin precedentes—, pero terminó con un tono mucho más siniestro. La escalada que dio lugar a un nuevo conflicto en el Iraq dividió profundamente a la opinión pública mundial y planteó amenazas reales para una visión más general de las respuestas multilaterales frente a las crisis de alcance planetario. En el frente más amplio del desarrollo, asistimos al implacable avance del VIH/SIDA y de otras enfermedades en todo el mundo, a la aparición de nuevos conflictos y hambrunas en África, a la renovada inestabilidad de algunas democracias en América Latina y a los reveses económicos registrados en muchos de los Estados árabes y en algunas partes de Europa central.

A pesar de estas tendencias, y fuera del escenario principal del Cercano Oriente, el programa mundial a más largo plazo de ampliación de la prosperidad y la seguridad continuó avanzando. En dos conferencias históricas de las Naciones Unidas, celebradas en Monterrey (México) y Johannesburgo (Sudáfrica), los países ricos y pobres no sólo reafirmaron su compromiso con los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio sino que trazaron también un camino para acelerar el desarrollo sostenible en todo el mundo, sobre la base de la asociación de responsabilidad mutua. Como demostración inicial de ese compromiso, los donantes proclamaron el primer aumento significativo de la asistencia oficial al desarrollo en los últimos 30 años, novedad que ha permitido ya un aumento del total de la ayuda de casi el 5% en 2002. El grueso de los nuevos recursos se destinará a apoyar a los países en desarrollo que están adoptando reformas políticas, sociales y económicas basadas en la buena fe y orientadas a consolidar

la democracia y acelerar el crecimiento económico.

Naturalmente, es mucho lo que queda todavía por hacer, no sólo en lo que se refiere a la ayuda, sino en el frente más amplio del comercio, de las transferencias de tecnología, incluidas las medicinas esenciales, y del alivio de la deuda. No obstante, se trata de un comienzo prometedor, siempre que los fondos se destinen sobre todo a la población más pobre, en vez de desviarse hacia las crisis emergentes, como la del Iraq. Por otro lado, los Objetivos de Desarrollo del Milenio servirán como piedras angulares y permitirán desencadenar una enorme energía política en todo el mundo en desarrollo en cuestiones tan importantes como la forma de recaudar—y reasignar estratégicamente—más recursos internos para las prioridades del desarrollo. A diferencia de anteriores concepciones del desarrollo que eran sobre todo accesibles a los tecnócratas, los Objetivos de Desarrollo del Milenio resumen las aspiraciones más básicas de la población de todos los lugares, desde la salud a la educación y la prosperidad. Estos objetivos, con plazos concretos y cuantificables, permiten supervisar los progresos en tiempo real y aportar datos que impulsen las iniciativas y los resultados.

En los tres últimos años, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha integrado esos objetivos en toda nuestra labor y, como consecuencia de su liderazgo del Grupo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (UNDG), ha coordinado los esfuerzos de investigación, cuantificación y promoción del sistema de las Naciones Unidas. Ello ha permitido adoptar un planteamiento armonizado de las actividades de desarrollo de las Naciones Unidas, y ha creado un nuevo marco para intensificar las asociaciones con los gobiernos, las instituciones de Bretton Woods, las organizaciones bilaterales, la sociedad civil y el sector privado.

Otro aspecto igualmente importante: ha dado renovado impulso a los actuales esfuerzos de reforma interna del PNUD. Nuestra organización es más ágil y orientada a los resultados y está mejor conectada. Estamos más en sintonía con las necesidades de nuestros socios, como demuestra este informe y confirman las encuestas independientes. Gracias al poder de nuestras redes, más sólidas y eficientes, podemos aprovechar la enorme variedad de recursos mundiales del PNUD para hacer frente a los desafíos del desarrollo en todos los lugares del mundo.

En los meses y años próximos, la tarea real del PNUD, y de todo el sistema de las Naciones Unidas, es aprovechar estos logros y ayudar a nuestros socios a aplicar los programas de Monterrey y de Johannesburgo. De esa manera, podemos hacer ver que los desafíos de alcance mundial—estén relacionados con la seguridad o con la pobreza, las enfermedades o la degradación del medio ambiente—sólo pueden superarse eficazmente en un marco multilateral, que fomente la colaboración para alcanzar nuestro objetivo común de un mundo mejor, más seguro y más próspero.

Mark Malloch Brown

Mark Malloch Brown
Administrador



Malloch Brown (derecha) visita el Instituto de Ciencia y Tecnología de Kigali, en Rwanda, patrocinado por el PNUD.